

DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Con los precedentes que dejamos establecidos, tiempo es de estudiar el carácter admirable de ese hombre, cuya historia describen los Evangelistas.

Reinaba, en la Ciudad Eterna, el Emperador Tiberio.

El águila romana tenía estrechado el mundo entre sus garras vigorosas, y el Universo estaba á sus piés.

Bajo el peso de cuarenta siglos de crímenes, el género humano caminaba arrastrando con pena las cadenas de su larga esclavitud.

La luz se había alejado de los espíritus, la vida de los corazones y la tierra estaba fría y tenebrosa.

Un día, entre las cimas del Carmelo y del Tabor, entre las riberas del Jordán y las orillas del gran mar, se levantó un hombre.

Una mujer hermosa, pero pobre, había recogido su primer suspiro y había enjugado su primera lágrima.

Humilde morada abrigó los primeros años de su infancia, y el trabajo de obrero había regado con sudor su frente.

Después de treinta años de silencio y de oscuridad, ese hombre se presenta á la tierra asombrada, y le dirige estas extrañas palabras:—Yo soy la luz del mundo—Yo soy el principio y el fin—Yo soy el camino, la verdad y la vida.

Y uniendo la acción á la palabra, da vista á los ciegos, alivia á los enfermos, anda sobre las olas y serena las tormentas.

La muerte, á su voz, devuelve á sus víctimas y el sepulcro suelta sus presas.

Y sin embargo, la Sinagoga tiembla sobre la cátedra de Moisés, la envidia aguza su dardo, el orgullo destila su veneno, el odio lanza un grito de muerte, y un día, en una ciudad de Oriente, aquel hombre espira clavado en la cruz.

Pocos siglos después, esa cruz se convierte en un trono, esa tumba se cambia en un altar, y al rededor de ese trono y al pie de ese altar, el mundo civilizado adoraba en silencio, al niño de Belén al hijo de María, á Jesús de Nazaret, al resucitado del Calvario.

Ante prodigio tan estupendo, natural es preguntarse, quién es ese hombre?

Ese hombre, como no han visto otro los siglos, ni lo verán jamás, tiene que ser un hombre Dios.

La primera prueba que puede presentarse de su divinidad, es el hecho que constituye el primer paso de su vida humana, es decir, su nacimiento.

El nacimiento de un hombre nada prueba, en favor de su genio, de su mérito y de sus futuros designios.

Cuando el hombre nace, cuando el hombre llega al dintel de la existencia, aparece solo, sin pasado, sin que nada pueda presagiar lo que el porvenir le reserva.

El hombre al nacer deja tras sí la nada y tiene en frente lo desconocido: su cuna, como dice Monseñor Freppel, está colocada entre la nada y lo desconocido, y guarda un profundo silencio sobre el porvenir.

El nacimiento es un problema y un problema no puede resolver otro.

El nacimiento puede probar que el recién nacido tendrá un lugar en el mundo y un rango en la historia: probará que hay un hombre nuevo en el mundo, y esto es, por cierto, poca cosa.

Podrá probar mucho, porque el nacimiento anuncia que el recién nacido tendrá por hermano el sufrimiento y por compañero el dolor.

Pero sea que el nacimiento pruebe mucho ó poco, sea que anuncie las dignidades y las riquezas, ó bien el sufrimiento y el dolor, no prueba más que una cosa; nuestro origen común: nuestro nacimiento no atestigua más que nuestra humanidad.

El nacimiento de Cristo prueba algo más, denuncia un origen más alto, revela que no fué un hombre solo, sino que fué un Hombre-Dios.

El hombre que nace á la vida es un porvenir sin pasado.

Nacer es comenzar á vivir, nada precede al nacimiento, porque nada es anterior á la vida.

Nadie, en consecuencia, puede hacer que se hable de él antes de su nacimiento.

Nadie hablaba de Sócrates, antes que hubiera nacido.

Nadie pensaba en César, antes que viese la luz.

Un hombre, cualquiera que haya sido su poder durante la vida y su celebridad después de la muerte, jamás logrará que se ocupen de él, durante un solo minuto, aquellos que vivían antes que él

naciera. Ninguno, antes de haber nacido, ha podido lograr que se perpetúe su nombre en la memoria de una familia, de un pueblo y de la humanidad entera.

Mucho menos ha podido lograr que se le admire, que se le ame y que se le adore.

Jamás se ha visto que se hable de un hombre, antes de que exista.

Y tiene que ser así: el nacimiento es el principio de la vida, es un día que no tiene precedente, es una mañana que no tiene aurora.

Tal es la condición de los nacimientos humanos: todo hombre nace de esa manera, y el que no nace así, no es un hombre.

Cristo no ha nacido de ese modo; él entre todos ha tenido el privilegio incommunicable de que corone su nacimiento un pasado de cuarenta siglos.

Cristo ha vivido antes de nacer en la memoria de la humanidad.

Los que existían antes de Cristo han hablado de él, se han ocupado de su persona, lo han estado esperando, han deseado su venida ardorosamente.

El mundo antiguo, el mundo anterior á Cristo, ha sido un mundo de esperanza y de deseo.

Cristo antes de su nacimiento se ha hecho amar y adorar.

Hacerse adorar antes de nacer, ó es un absurdo ó es una cosa divina.

Estudiando la historia, fácilmente se advierte que, desde el principio del mundo, todas las generaciones han venido á la cuna de Cristo como al término del movimiento doctrinal é histórico de la antigüedad.

Por espacio de mil seiscientos años el nombre del Mesías apareció en los labios de los profetas y en las páginas de sus libros, y se incrustó en el mármol del altar de los hebreos y hasta en las piedras de sus templos.

La idea mesiánica se encuentra en el origen y en el curso de toda la historia de Israel.

Esa idea le ha exaltado en el triunfo y le ha sostenido en sus reveses, como un rayo de esperanza y de consuelo.

En el destierro lo mismo que en el suelo de la patria, esa grande idea ha hecho su orgullo, su fuerza y su vida.

A pesar de las revoluciones interiores y de las invasiones extranjeras, jamás apartó el pueblo de Israel sus miradas de la cuna de Cristo.

La palabra inspirada de sus profetas anunciaba sin cesar la época del nacimiento del Mesías, el lugar de su nacimiento, las circunstancias particulares de su vida y los caracteres de su muerte.

Se puede afirmar que Cristo fué, por anticipación, el alma del pueblo judío.

Pero si Cristo penetró y vivificó con su soplo al pueblo hebreo, si su nombre se encuentra en la cabeza de este grande monumento histórico de la antigüedad, también vivió antes de nacer en la memoria de los gentiles.

Vivió en estos pueblos de un modo menos brillante, con rasgos más confusos, pero su fisonomía allí estaba reflejada de antemano.

Desde el fondo de sus santuarios, dice Monseñor Freppel, desde lo más elevado de sus monumentos, en el seno de sus bosques viejos como el mundo, el antiguo Oriente ha murmurado el nombre del libertador.

Desde el promontorio de Sunium hasta los jardines de la Academia, del Pórtico al Liceo, la sabiduría humana ha lanzado un grito de admiración hacia la cuna que debía levantarse un día en medio de la humanidad.

De las Tusculanas á los libros sibilinos, el

nombre del misterioso niño ha atravesado la poesía, la historia y la filosofía.

Cristo ha vivido cuatro mil años, antes de nacer, no sólo una vida humana, sino una vida verdaderamente divina. Los judíos y los gentiles volvían los ojos á la cuna, no de un simple hombre, sino de un hombre Dios. Eso era lo que pedían los gentiles al Oriente, por boca de sus sabios, eso es lo que pedían los judíos á Belén, por el órgano de sus profetas.

“Yo, Confusio, decía este filósofo, he oído decir que en los continentes occidentales se levantará un hombre santo, que producirá un océano de acciones meritorias. Será enviado del cielo y tendrá todo poder sobre la tierra.”

“Aguardemos, decía Sócrates que un enviado del cielo venga á instruirnos en nuestros deberes hacia los dioses y hacia los hombres, y esperemos de la bondad divina, que ese día no esté lejano.”

Cicerón, que resume todo la ciencia romana, se admira y se turba ante ese monarca universal predicho por los profetas.

Tácito, el de palabra grave y juiciosa, dice: “El Oriente va á prevalecer, y de la Judea saldrán los que han de gobernar el universo.”

“Todo el Oriente, decía Suetonio, el lisonjeador de los Césares, está lleno de esta antigua y constante opinión, que de la Judea saldrán los que han de regir el Universo.”

Grecia y Roma, Grecia y el Oriente, la tradición y la filosofía, el mito y la ciencia, se unen para proclamar que todos los pueblos aguardaban un libertador, y que el antiguo mundo, era un mundo de esperanza y un mundo de deseo.

Cristo, pues, ha vivido durante cuatro mil años, y con una vida divina, antes de haber nacido.

Este hombre esperado por los pueblos antiguos fué Cristo.

El fué el que vino en el momento marcado por la expectativa del mundo. El fué quien cerró esa larga cadena de profecías que anunciaba su venida á la tierra.

“¿De dónde viene, dice Monseñor Frappel, que desde el nacimiento de Cristo, salvo un puñado de hombres, la humanidad ha dejado de esperar al Dios, por el cual antes suspiraba?”

¿Porqué, el río de las edades se ha detenido ante la cuna de Cristo para derivar su curso y ahondar un nuevo lecho?

¿La hora de su nacimiento no ha marcado una nueva era para todo el género humano?

¿Su cuna no ha sido un punto de llegada para el antiguo mundo y el punto de partida del nuevo?

¿No sobre la cuna de Cristo se han enlazado el pasado y porvenir de la humanidad y se han dado el ósculo de paz el pueblo judío y el pueblo gentil?

Es, entonces, Cristo el que antes de nacer ha vivido como Dios en medio de los hombres.

“Nacer con un pasado de cuatro mil años, agrega Monseñor Freppel, nacer después de haber vivido en la memoria del mundo todo, nacer esperado, deseado, predicho por una serie de hombres que constantemente y sin variación expresan la misma esperanza, nacer después de haberse hecho amar y desear desde el principio del mundo, no es nacer como un simple hombre, es nacer como un Dios.”

Cristo ha nacido como un Dios, su nacimiento acredita plenamente su divinidad.

Cristo ha nacido como un Dios: cuarenta siglos han proyectado, sobre su cuna, rayos de una luz profética que han formado sobre su cabeza la aureola de la divinidad.

Es un nimbo luminoso, único en la historia del mundo, el que corona al niño de Belén.

Pero no sólo su nacimiento refleja su divinidad, la refleja también su vida.

La vida humana se revela por la palabra.

El hombre necesita abrir su alma á los demás, para dejar ver si hay en ella grandeza ó pequeñez, vicio ó santidad; necesita, según una frase vulgar pero sublime, *tener el corazón en la mano*, para que se mida su amplitud y su elevación; necesita aparecer de dentro á afuera, revelarse del interior al exterior.

Esta revelación, esta manifestación, del hombre á sus semejantes, sólo puede hacerse por la palabra, porque la palabra es el signo sensible del pensamiento, es el verbo encarnado de la inteligencia, es el grito del alma.

Por la palabra, el alma, por decirlo así, se desprende de sí misma, salva el umbral del cuerpo, y viene á ponerse en los labios del hombre para descubrir sus secretos, su existencia, y los misterios de su vida.

Si el hombre no se descubre, no se revela, por medio de la palabra, quedaría necesariamente en me-

dio de la humanidad, como un fantasma sin vida y sin voz.

Cristo, pues, ha debido revelarse al mundo, mostrarse á la humanidad, por medio de la palabra.

Y si Cristo ha nacido como Dios, ha tenido que hablar como Dios; su palabra no es humana, es una palabra divina.

La palabra de Cristo es distinta de la del hombre; la palabra de Cristo tiene caracteres y caracteres sublimes, que ninguna otra voz humana ha llegado á reunir.

En el mundo ha habido grandes palabras, porque ha habido grandes almas en la tierra.

A tres clases podemos reducir la palabra que ha escuchado el mundo; la palabra del hombre honrado, la palabra del hombre sabio y la palabra del hombre que gobierna.

Palabra que hace saltar de gozo á los corazones honrados y que hace palidecer al crimen; palabra que cae de labios ungidos por la ciencia al ruido de los aplausos del mundo; palabra poderosa que se hace obedecer, que encuentra en los pueblos sumisión y respeto. Y, sin embargo, ha habido una palabra más alta que la palabra de la

virtud, que la palabra del genio y que la palabra de la autoridad: la palabra de Cristo.

Basta, para demostrarlo, estudiar los caracteres de la palabra.

Son tres: se pronuncia en nombre de alguno, se dirige á alguno, dice ó significa algo.

Bajo este triple aspecto, la palabra de Cristo es única, es divina.

El hombre ha hablado, ha dejado caer de sus labios una palabra: el virtuoso, el sabio y el que gobierna, han hablado, pero jamás han hablado en su nombre.

El hombre justo, el virtuoso, el santo jamás ha hablado en su nombre; ha hablado en nombre del derecho, de la justicia, del honor; ha hablado en nombre de un principio que no es él mismo, que es distinto de él, que está arriba de él, porque ningún hombre es él mismo ni el honor, ni la justicia, ni el derecho.

Nadie ha dicho; sed buenos, sed virtuosos, porque yo soy la bondad, la justicia, la virtud, la vida moral.

Nadie ha dicho "quien desprecia la virtud, me desprecia á mí;" "quien honra á la justicia, me honra á mí."

Tal lenguaje, en la boca de un hombre, sería una blasfemia, si no fuera una locura.

El hombre santo se borra, desaparece, ante el derecho, la justicia y el honor, que hablan por sus labios sin confundirse con ellos. El hombre de genio jamás ha hablado en su nombre; ha hablado en nombre de la ciencia, es su órgano, y su intérprete, no es el dictador del pensamiento, nunca pronuncia oráculos. Siempre discute, prueba, deduce, invoca principios, deja hablar á los hechos.

El hombre de genio ha hablado en nombre de la verdad y la verdad no es él mismo, es distinta de él y está sobre él. Aristóles, de quien pudo decirse: "El Maestro lo ha dicho, esto basta, es la verdad," nunca oyó que se le tuviera por la verdad personificada, por la verdad encarnada; él no se dispensó de probar lo que afirmaba.

La palabra del que gobierna tampoco se pronuncia, tampoco se impone, en nombre del que la dice.

En el instante solemne en que la suerte de un imperio está en juego en el campo de batalla, jamás los soldados combaten por el nombre de un jefe, y para la gloria de éste; se invoca siempre el sacrosanto nombre de la patria para inflamar los

corazones á quienes ella ha confiado su salvación y su honor.

El soberano, para hacerse obedecer, no invoca su nombre, sino que invoca la ley, invoca el nombre del pueblo que le ha transmitido la autoridad, y si cree que él no depende más que de Dios y de su espada, abrigará su palabra tras la majestad del nombre de Dios.

Cristo ha hablado en su propio nombre.

“El que diese de beber, decía en una ocasión á alguno un vaso de agua, *en mi nombre*, no perderá su recompensa.”

“El que perdiere su vida, *por mí*, la salvará.”

“El que abandonare su casa, sus hermanos, su padre, su madre, su mujer, sus hijos ó su campo, *por mi nombre*, recibirá ciento por uno y tendrá la vida eterna.”

“El que perdiere su vida, *por mí*, la encontrará.”

“Yo soy la luz del mundo; el que me siga no caerá en las tinieblas.”

“Yo soy el camino, la verdad y la vida.”

Esta palabra no es palabra humana; la naturaleza humana jamás se atrevería á tal audacia,

jamás llegaría á un poder de afirmación tan extraño.

Si un simple hombre hubiera usado este lenguaje, habría, sin duda, provocado á risa.

Palabra semejante sería muy extraña, si no fuera divina.

El hombre santo, el hombre sabio, el hombre de mundo, no han hablado en su propio nombre. Tampoco han hablado á todos los hombres.

La palabra del santo se ha reducido á una familia, á una asamblea, quizá á un pueblo.

La palabra de Sócrates caía en medio de un corto número de amigos; la de Catón no traspasó las puertas del Senado romano; la de Moisés, personificación de la virtud más alta de la antigüedad, no pasó de un pueblo.

No ha habido un hombre virtuoso que se dirija á la humanidad entera.

El hombre sabio ha alcanzado menos éxito que el hombre virtuoso. Su palabra, de ordinario, se refiere á intereses pasajeros, á cuestiones de un lugar, de un momento, y se extingue con el tiempo ó expira en el espacio.

La palabra de Cicerón quedó sin vida fuera del Foro.

Muchas veces sucede que cuando el hombre de genio se levanta, su inteligencia es inaccesible á la muchedumbre: pocos hombres la entienden; ¿cómo, entonces, podría dirigirse á la humanidad entera? ¿cómo hacer salir una palabra universal de los teoremas de Euclides ó de los diálogos de Platón? . . .

La palabra del hombre de mundo muere en los límites de su imperio.

Ni Alejandro ni César lograron imponer á la humanidad entera su palabra, casi la más poderosa que se haya escuchado en la tierra.

Cristo ha hablado y su palabra dominó al tiempo y al espacio. No se quedó esa palabra divina entre el Jordán y el lago de Tiberiades; no ha muerto en los confines de Tiro ó de Samaria; quedó confiada á todos los vientos del cielo, á todos los ecos de la tierra.

Cristo decía: «Yo he venido á enseñar la verdad á todos los hombres,» y su palabra se impone á los reyes y á los pueblos, á los grandes y á los pequeños, á los ricos y á los pobres, á los sabios y á los ignorantes.

La palabra de Cristo es universal.

La palabra del hombre, nunca ha sido pronun-

ciada en nombre del que la dice, ni se ha dirigido á la humanidad entera, esparcida en diferentes puntos del espacio y viviendo en diversas horas del tiempo.

¿Y qué ha dicho la palabra humana en medio del mundo?

La palabra de la virtud ha dicho: haced el bien y evitad el mal.

La mayor grandeza á que esa palabra ha llegado, ha sido decir: Yo soy el enviado de Dios para revelar al mundo las voluntades del cielo.

La palabra del genio lo que ha llegado á decir es que se tome tal camino, que se adopte tal procedimiento, que en tal lugar podrá encontrarse la palabra de la ciencia que se busca.

La palabra del que manda no ha hecho más que afirmar la ley, el derecho y el orden.

La palabra de Cristo es una afirmación que asombra y maravilla: «Yo soy el Cristo, ha dicho, el Hijo de Dios: yo soy el principio, yo el que os estoy hablando.»

Y lo ha dicho á sus discípulos, á sus enemigos, al pueblo judío, al universo entero, á los siglos futuros, y nadie se ha equivocado sobre el sentido y el alcance de esa afirmación.

Los discípulos repiten esa palabra por la boca de Pedro, los judíos le querían apedrear porque se llamaba Hijo de Dios, el mundo cristiano desde hace dieciocho siglos encuentra en esa palabra la afirmación de su creencia.

Y al decir Cristo con su palabra que era Dios, al afirmar que El es el infinito, el eterno, el omnipotente, y al afirmarlo constantemente y de un modo claro é intergiversable, es porque era Dios, porque si no, no se habría proclamado por tal.

Un hombre nunca habría hablado de este modo, porque nunca podía creerse la divinidad, y aun cuando, perdida la razón, se creyese un Dios, su boca se rehusaría á pronunciar tales palabras.

Cristo por lo menos era un hombre racional, un hombre de buen sentido, y de consiguiente, no podría creerse Dios sin serlo. ¿Y Cristo sabiendo que no era Dios, podía proclamarse Dios?

Pero Cristo, como la Historia lo comprueba, era por lo menos un hombre de bien, y un hombre de bien no se hubiera atrevido á proferir una blasfemia, ante la cual retrocede el criminal más infame.

Si, pues, Cristo se llamaba Dios, evidentemente sabía que lo era.

La palabra de Cristo prueba su divinidad

Cristo nació como Dios y habló como Dios.

Su palabra, como su nacimiento, revelan y proclaman su divinidad.

Pero el hombre no está todo entero en su palabra.

Aunque la palabra sea la expresión sensible del pensamiento, el verbo encarnado de la inteligencia, el grito del alma, no es sin embargo la única manera con que el hombre hace su aparición en el mundo, no es la única manifestación del interior al exterior.

El hombre también se revela, se manifiesta, por sus obras: vivir es obrar, y la muerte no es más que la cesación de la actividad terrestre.

La palabra y las obras se penetran: las obras explican la palabra, y la palabra da cuenta de las obras; es una doble flor, dice Monseñor Freppel, que nace sobre un mismo tallo, se nutre con la misma savia y lleva el mismo fruto.

La palabra y las obras constituyen lo que podría llamarse el capital de la vida humana.

Para conocer, entonces, la vida de un hombre, no basta saber cómo ha hablado, es preciso investigar cómo ha obrado.

La actividad humana se multiplica como el

pensamiento, y se diversifica según el medio en que obra.

La actividad del hombre puede obrar en medio del mundo físico, en medio del mundo intelectual, en medio del mundo moral y en medio del mundo social.

Así es que la acción humana tiene que ser física, intelectual, moral ó social.

Así como todo hombre se muestra, se revela, por la palabra, se revela también por la obra: su grandeza se mide por la altura de sus obras, como por la elevación de su frase.

El primer medio en que se revela la actividad humana, es el mundo exterior.

En él se mueve el hombre, respira y vive.

Desde el momento que el recién nacido pone el pie sobre esta tierra desconocida, ve que ante él se desarrolla el campo de sus actividades materiales: cuanto más avanza en la vida, ese círculo se agranda hasta que el horizonte de ese campo va á confundirse con la eternidad.

Por todas partes se encuentra el hombre con la materia: está suspendida sobre su cabeza, está bajo sus piés, encadena su pensamiento, pesa sobre su corazón.

Cautivos de la materia, nos encontramos sin cesar en su presencia, oponiéndonos siempre la barrera de sus leyes, la fuerza de sus elementos, la inercia de sus masas.

Le da la muerte ó la vida en el aire que respira, en el pan que le nutre, en el frío que le hiere, en el calor que le quema.

Aun en lo más puro que tiene el hombre, que es su pensamiento, se mezcla la materia.

Cuando el hombre se lisonjea de haber sacado del fondo de su espíritu una idea, pura como la luz de Dios, aparece súbita en el dintel de la inteligencia la materia, bajo los rasgos de una imagen que da á esta idea una envoltura y una forma.

Pero aun cuando aparece el hombre dominado por la materia, es el rey de la creación y tiene que ejercer su actividad sobre ella.

Y realmente la ejerce.

El hombre transforma la naturaleza.

De un polo al otro del mundo, lleva su actividad sobre toda la superficie del Globo.

Bajo su mano laboriosa esa superficie toma formas diversas.